

Matthew Restall y Felipe Fernández-Armesto

Los conquistadores

Una breve introducción



Alianza editorial

El libro de bolsillo

Título original: *The Conquistadors. A Very Short Introduction*
Traducción de Javier Alonso López

Publicada originalmente en inglés en 2012. Esta traducción se ha realizado por acuerdo con Oxford University Press

Primera edición: 2013
Segunda reimpresión: 2020

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Morrión de acero (h. 1575-1600)
© Index - Bridgeman
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2012 by Oxford University Press, Inc.
© de la traducción: Javier Alonso López, 2013
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2013, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-7543-5
Depósito legal: M. 7.891-2013
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Prefacio
11	Agradecimientos
13	1. Muchas y grandes penalidades
44	2. Muchas victorias, grandes conquistas
69	3. Dar cuenta acerca de quién soy
109	4. Por un milagro de Dios
147	5. Un atajo a la tumba
167	Lecturas adicionales
175	Lista de ilustraciones
177	Índice analítico

Prefacio

Las conquistas forjan culturas. Proyectan ideas, idiomas, religiones, productos, alimentos, enfermedades, comportamientos y modos de vida y de pensamiento más allá de las fronteras y entre diferentes entornos. Forjan nuevos estados y crean los escenarios de intercambios que denominamos imperios. Por lo general, las conquistas son deplorables, violentas, perjudiciales, explotadoras, subversivas, destructivas, pero también pueden ser creadoras y transformadoras. Se encuentran entre los procesos históricos más influyentes, más impactantes. Cómo y por qué ocurren son algunos de los problemas más complicados e intrigantes de la Historia. Los acontecimientos que durante el siglo XVI convirtieron a la monarquía española en un vasto imperio transoceánico de tierra y mar –el único imperio de estas dimensiones y naturaleza hasta el día de hoy– son ejemplares, incluso paradigmáticos, para los historiadores que estudian las conquistas.

Otros conquistadores europeos en un mundo mayor intentaron emular e imitar a los conquistadores. Los estudiosos de la formación de los imperios han contemplado los esfuerzos españoles, especialmente en México y el mundo andino, como modelos para describir y explicar las consecuencias que tienen los encuentros entre invasores y pueblos indígenas por todo el mundo. Este libro pretende explicar quiénes fueron los conquistadores, qué hicieron, cómo lo hicieron, y cómo pensaban, sentían y se comportaban. Debería resultar patente, para aquellos lectores que continúen con la lectura, que la mayoría de las fuentes ofrecen una imagen falsa de los conquistadores, pues confunden la naturaleza de sus logros y equivocan al mundo.

Nos concentraremos en el periodo que va desde el primer viaje transatlántico de Cristóbal Colón en 1492 hasta la extinción del reino inca en Vilcabamba en 1572. Los conquistadores fueron principalmente españoles, hombres de los reinos ibéricos (en especial de Castilla) que acabarían conformando España. Hubo algunas mujeres que se vieron involucradas de formas que llaman la atención, y también tomaron parte en la conquista africanos negros, tanto esclavos como hombres libres; a los que combatieron junto a los invasores europeos los denominaremos «conquistadores negros». Ellos ayudaron a hacer posibles los asentamientos españoles permanentes en las Américas y, en casos excepcionales, fundaron sus propios reinos. Todavía más influyentes y eficaces en la creación del imperio español fueron los indígenas americanos que cooperaron con los invasores; a los que lucharon como aliados de estos los llamaremos «conquistadores indígenas» o «conquistadores nativos».

Agradecimientos

Damos las gracias a Susan Ferber, de Oxford University Press, por la oportunidad de escribir este libro y por sus muchas contribuciones editoriales. Matthew Restall agradece especialmente a Felipe Fernández-Armesto su buena disposición para colaborar en el proyecto; fue Felipe quien introdujo a Matthew, siendo este un estudiante universitario en Oxford, en el tema de los conquistadores, de manera que esta colaboración tiene un significado especial para él. Felipe, a su vez, querría dar voz a sus sentimientos: resulta emocionante para un profesor ver cómo un querido estudiante se convierte en un colega admirado.

Damos también las gracias a los lectores externos que ofrecieron útiles comentarios a los primeros borradores. Finalmente, a los participantes del seminario «Los conquistadores» dirigido por Matthew Restall para sus estudiantes universitarios en la Universidad Penn State, por

sus muchas contribuciones para el desarrollo de este libro, tanto sobre el papel como durante las clases; en particular a Andrew Barsom, Nicholas Borsuk, Matthew Bullington, Ayren Erickson, Taner Gokce, Lisa Hutton, Alison Hunt, Ryan Miller, Heather Parks, Blaire Patrick y Hannah Tracy.

1. Muchas y grandes penalidades

Hasta llegar a este reino se pasaron grandísimos trabajos –escribía Diego Romero, un veterano conquistador–, así rompiendo caminos nuevos por la montaña y sierra como de muchas hambres y enfermedades, y venían desnudos y descalzos y cargados con sus armas que fue causa que muriesen muy gran cantidad de españoles.

La expedición que describió Romero fue la invasión en 1536-1539 de las tierras indígenas que se convertirían más tarde en el corazón de Colombia. Sabemos muy poco acerca de Romero, pero bastante más sobre el líder de la expedición, Gonzalo Jiménez de Quesada. Nuestras preguntas iniciales serán, por tanto, hasta qué punto eran típicas las quejas como las de Romero y qué tipo de hombre era Jiménez de Quesada.

¿Fue Jiménez de Quesada cruel y expoliador? ¿Fue un ladrón y un asesino? ¿Podríamos considerarlo un soció-



Figura 1. Las Américas de los conquistadores.

Océano Atlántico



pata? ¿O fue un hombre familiar que buscaba progresar y una forma de mantener a los que dependían de él aprovechándose de las oportunidades del momento? Su misión oficial era «descubrir y pacificar» nuevas tierras. ¿Podemos admitir que simplemente estaba obedeciendo órdenes en su «pacificación» de los indígenas americanos que encontró, o debemos subrayar la ironía de un término utilizado para caracterizar lo que los españoles denominaron acto seguido «conquista y colonización»? ¿Podemos comprenderlo mejor como una figura medieval, una manifestación sobre suelo americano de antiguas tradiciones ibéricas de guerra religiosa, o un temprano hombre moderno, un explorador y conquistador en la génesis de la era de los imperios globales?

En 1536, Jiménez de Quesada se encontraba trabajando duramente en la ciudad portuaria colonial española de Santa Marta, en la costa caribeña de la actual Colombia (véase Figura 1). Este español de veintisiete años hacía poco que había sido nombrado jefe de una expedición de descubrimiento en el interior de Colombia para encontrar la fuente del río Magdalena y, a través del mismo, hallar una ruta a Perú y el Pacífico, el «Mar del Sur». Unos años antes, los españoles habían invadido el imperio inca, y las noticias sobre el oro y la plata que había allí llegaron rápidamente hasta España. Abogado de formación, la misión inicial de Jiménez de Quesada fue administrativa: contratar los servicios de unos ochocientos españoles, traídos desde las islas Canarias, pero no mediante ofertas de salario, sino por la mera promesa de participar en los futuros expolios. Jiménez de Quesada debía decidir qué seiscientos de estos hombres marcharían hacia lo desconocido

por tierra, y qué doscientos navegarían remontando la corriente del río Magdalena; tuvo que organizar a cientos de esclavos africanos y a miles de esclavos y sirvientes indígenas americanos para transportar el equipo, forrajear y cocinar, espiar y traducir, además de –caso de ser necesario– combatir por los españoles.

La expedición tardó un año en alcanzar las altas planicies y valles del interior de Colombia. Sólo una cuarta parte de los españoles –el propio Jiménez de Quesada y otros 196 expedicionarios– sobrevivió al viaje. El resto murió de malnutrición y de hambre, de infecciones y de enfermedades, las penalidades descritas por Diego Romero. No se conoce la tasa de mortalidad entre los esclavos y auxiliares africanos e indígenas.

Los supervivientes emergieron en un mundo diferente. Durante los dos años siguientes vivieron entre los muisca, el pueblo que habitaba los valles del altiplano. Muy pocos de los españoles supervivientes murieron, y ninguno de ellos en encuentros de carácter bélico. Los muisca no estaban políticamente centralizados (no existía un imperio muisca como el de los aztecas en México o el de los incas en Perú), de manera que Jiménez de Quesada fue capaz de provocar el enfrentamiento de unos jefes muisca contra otros y establecer así un cierto espacio en el que pudieran vivir los invasores. Los indígenas locales mantuvieron a los españoles, quienes, mientras tanto, reunieron unos doscientos mil pesos de oro puro y cerca de dos mil esmeraldas. Por último, Jiménez de Quesada fundó tres municipios, llamados Santa Fe (actual Bogotá), Tunja y Vélez.

Durante aquellos dos años, en los que no tuvo contacto alguno con el mundo exterior, Jiménez de Quesada

actuó como un señor de la guerra independiente. Fue un diplomático que forjaba y rompía alianzas, se mostraba más astuto que sus rivales e intimidaba a sus subordinados. Fue un jefe militar que organizaba incursiones, defendía el territorio y capturaba y daba tormento a los jefes enemigos. Fue un administrador que incautaba el botín y lo repartía, que dirigía a los colonizadores multi-raciales de los que era responsable, que promulgaba leyes, fundaba ciudades y dejaba constancia por escrito de sus acciones. De hecho, se convirtió en rey de la Colombia del altiplano en todo, salvo en el nombre. Pero su intención nunca fue gobernar un reino independiente. Siempre consciente de que su licencia se le había concedido para explorar y descubrir, no para conquistar y establecerse, dio fe pública de sus actos con la esperanza de que el rey Carlos de España reconociese sus sacrificios personales y recompensase su lealtad con la concesión de un gobierno. Su meta personal no era llevar una vida de exploración y conquista, ni dirigir su propio ejército o gobernar su propio feudo; su objetivo era administrar una provincia pacificada del imperio, como un hombre de fortuna y alta condición, un rector y juez de hombres. La suya era la gran ambición de un abogado del siglo XVI.

Jiménez de Quesada fue, en resumen, un conquistador.

Creadores de mitos

Gonzalo Jiménez de Quesada no es tan famoso como Hernán Cortés o Francisco Pizarro, ni tampoco los muisca son tan conocidos como los aztecas o los incas.

Jiménez de Quesada no escribió ingeniosas cartas al rey, como hizo Cortés, ni la pluma de ninguno de sus hombres escribió un conmovedor relato de la expedición que rivalizase con la narración de Bernal Díaz del Castillo sobre la invasión de México. Incluso durante su propia vida, Jiménez de Quesada lamentó amargamente haber adquirido más riquezas para la Corona que Cortés y Pizarro, «no habiendo ellos descubierto ni poblado mejores provincias ni más ricas que yo aunque puede ser que mayores». Sentía que no había recibido su justa recompensa ni en términos de reputación ni de posición oficial. Cuando otras dos expediciones españolas llegaron a territorio muisca en 1539, Jiménez de Quesada viajó a España para presentar su causa a fin de obtener el gobierno de la zona. Sin embargo, después de años de litigios, y basándose en tecnicismos legales, le fue concedido al gobernador de Santa Marta (véase Figura 2).

No a pesar de su relativa poca fama, sino precisamente a causa de ella, Jiménez de Quesada resulta un mejor candidato para presentar esta obra. Aunque en las siguientes páginas aparecerán las tantas veces contadas hazañas de Cortés y Pizarro, nuestro libro trata, más bien, de hombres como Jiménez de Quesada, un hombre de clase media, de posición más elevada que la inmensa mayoría de los españoles, pero no un noble. Sabía leer y era culto, aunque no era un hombre de letras. Buscó su oportunidad en el Nuevo Mundo en un momento en el que los sueños de éxito al otro lado del océano eran muy corrientes para cualquiera que pudiera permitirse el viaje. Estaba cerca de los treinta años durante la principal expedición de su vida, una edad perfecta para este



Figura 2. Retrato de Gonzalo Jiménez de Quesada. Este grabado de 1886 del conquistador de Colombia está basado en retratos del periodo colonial. Los rasgos faciales y la barba fina encajan con las descripciones de su persona procedentes del siglo XVI; la pose de medio cuerpo y girado tres cuartos, con el brazo sobre un pretil, es característica de los primeros retratos de la Edad Moderna; la armadura y el casco aluden a su condición militar. A pesar de su riqueza y su elevado rango social como veterano conquistador, tal como refleja su imagen, Jiménez de Quesada vivió amargado por no haberle sido concedido el gobierno de la provincia.

tipo de experiencias. Tuvo la fortuna de sobrevivir mientras veía cómo la mayoría de los hombres a los que dirigía moría a causa de las enfermedades, el hambre o las heridas de guerra, no sólo los seiscientos que perecieron entre 1536 y 1537, sino los casi quinientos españoles, cientos de africanos y mil quinientos indígenas que no sobrevivieron a su expedición de 1569-1572 por Colombia occidental.

El mayor logro de Jiménez de Quesada, el hallazgo de los muisca y su territorio, no fue seguido por un nombramiento como gobernador de la región por parte de la Corona, sino por una docena de años de litigios y frustración política en España. También en este punto fue típica su experiencia. La Corona controlaba a los conquistadores envolviéndolos en la burocracia legal. Jiménez de Quesada pasó el resto de su vida solicitando fondos y recompensas, y quejándose por la injusta ausencia de ambas cosas. El tono de estas protestas está marcado por lo que los conquistadores escribieron acerca de sus hazañas, de manera que deben ser tomadas con mucha cautela. No obstante, hubo algunos conquistadores, entre ellos el propio Jiménez de Quesada, que parecieron interiorizar más que otros el mal hecho por su formación cultural. Más tarde, liberado de la frustración, buscó repetir los triunfos pretéritos con una nueva expedición, destinada a fracasar de manera lamentable y que le hizo morir lleno de deudas, un hecho que tuvo lugar en 1579 cuando contaba sesenta años.

Pero la historia de los conquistadores españoles no la iban a escribir ni trataría de personas como Jiménez de Quesada. De hecho, tal como él reconoció groseramen-

te, el núcleo narrativo ya había sido compuesto y publicado en el momento en que él estaba recorriendo los salones de la corte española en la década de 1540.

Esta historia nace en los informes que los primeros conquistadores estaban obligados a remitir al rey de España. Los conquistadores no eran soldados del ejército real enviados al Nuevo Mundo por el monarca. Iban por propia iniciativa, reuniendo a inversores y compañías de hombres con un considerable esfuerzo individual y gran ingenuidad. Eran, en resumen, empresarios armados. En algunos casos, el propio rey era uno de los inversores en la empresa, pero, por lo general, el único apoyo regio que un conquistador llevaba consigo en su viaje a lo desconocido era un trozo de papel; el documento más importante de este tipo era una licencia para invadir y conquistar territorios, de manera que su portador se convertía en «adelantado», un título militar medieval, que literalmente significa «hombre que va por delante». Un adelantado que sobreviviera y tuviera éxito tenía una buena oportunidad de ser nombrado gobernador de una nueva provincia dentro de un reino americano español. No obstante, hasta los mismos adelantados estaban obligados a presentar una amplia serie de informes detallando sus actividades.

Todos los conquistadores debían entregar informes al rey —desde los famosos adelantados y otros capitanes hasta los más humildes conquistadores españoles, los indígenas americanos y los negros africanos—. Estos informes describían los servicios, méritos y sacrificios del autor, y se ofrecían a la corte como justificación para obtener el favor real bajo la forma de cargos, títulos y

pensiones. Por eso, este género fue denominado «probanza de mérito» o prueba de mérito.

El propósito de la probanza determinó su estilo y su tono, y la evolución de sus convenciones terminó abarcando casi toda la literatura de los conquistadores. Se subrayaban la acción y el logro individual a costa del proceso y el comportamiento colectivo, fomentando la idea de que las victorias llegaban gracias a las hazañas gloriosas de grandes hombres. El género ayudó también a avivar las llamas de los enfrentamientos entre facciones y las violentas rivalidades que caracterizaron la era de la conquista, pues cada autor de una probanza intentaba vender sus propios méritos ante el rey y rechazar o denigrar a los conquistadores rivales.

De igual manera, los papeles representados por los no españoles se fueron marginalizando de forma sistemática. Los negros africanos y los hombres de raza mixta, tanto esclavos como libres, combatieron en todas las compañías y representaron a menudo un papel clave. Los negros solían operar de manera independiente, llegando a forjar pequeños estados y reinos propios, a veces en colaboración con los indígenas, de la misma manera que hicieron los españoles a mayor escala; sus hazañas demuestran que no era necesario ser blanco ni tener recursos europeos para obtener poder en partes del Nuevo Mundo moderno. En la mayoría de las conquistas, los auxiliares indígenas superaron en número a los españoles y les precedieron en la batalla. Pero los escritos de los conquistadores apenas mencionan la existencia de los participantes no españoles, por no hablar de la trascendencia que tuvo su presencia.

Finalmente, los conquistadores siempre estaban ansiosos por mostrar que ellos no eran únicamente leales siervos del rey, sino también buenos cristianos. Ese concepto era particularmente significativo en la península Ibérica en los primeros decenios del siglo XVI, pues en ella habían coexistido durante muchos siglos las tres religiones –cristianismo, Islam y judaísmo–. Esa coexistencia siempre había sido una compleja mezcla de armonía y hostilidad, de paz y de violencia, pero el conflicto fue ganando cada vez más protagonismo, de manera que para la década de 1490 una serie de persecuciones llevaron al exilio o provocaron la conversión forzosa de los judíos, mientras que la presencia musulmana se vino abajo en 1492 bajo la espada de los reinos cristianos de Castilla y Aragón.

Durante el siglo XVI, el católico mundo español se enfrentó a dos nuevas amenazas: el protestantismo y las formas de paganismo que los exploradores, misioneros, comerciantes y guerreros españoles encontraron en un mundo más amplio. Así, no debe sorprender que los conquistadores se hiciesen rápidamente eco de argumentos que se habían originado en las narraciones de las conquistas elaboradas por propagandistas del clero y la corte: sus campañas en las Américas estaban guiadas y aprobadas por la divinidad. La Providencia había escogido a los castellanos para unificar la Península bajo el cristianismo, y a continuación extenderlo a los paganos del Nuevo Mundo. Los conquistadores tuvieron éxito «por milagro de Dios», como lo expresó Gaspar de Marquina, un conquistador del Perú. En una carta enviada a su padre, que estaba en España, aseguraba que se habían

convertido cientos de miles de indígenas andinos, y que una minúscula compañía española había capturado al emperador inca Atahualpa sólo porque «Dios milagrosamente nos quiso dar victoria contra él y de su fuerza». La presencia, atestiguada con frecuencia, de la Virgen o del apóstol Santiago en los campos de batalla no restaba mérito a las reclamaciones que cada conquistador hacía de recompensas como premio a su valor; muy al contrario, demostraban el favor divino, un hecho obvio que seguramente no ignoraría el rey.

Igual que el providencialismo y las retóricas repeticiones de recompensa, un tercer conjunto de convenciones literarias distorsionaron los escritos de los conquistadores y, por lo tanto, de la tradición historiográfica. La mayoría de los escritores conquistadores compartían una formación como lectores del equivalente del siglo XVI a la actual ficción de libros de aeropuertos: las novelas de caballería, en las que el héroe, destinado a la grandeza, pero con la suerte adversa, emprende una vida de aventuras, combate a monstruos o gigantes o paganos y acaba conquistando una isla o gobernando un reino (y, en un fundido en negro habitual, se casa con una princesa). Estas historias inspiraron a los conquistadores, proporcionándoles tramas e imaginaria para sus vidas y la forma en la que escribían sobre ellas.

La combinación de estas convenciones, unida a las peligrosas realidades de las operaciones en entornos hostiles, remotos y desconocidos, produjo paradojas dentro de la literatura de los conquistadores. Por una parte, las conquistas eran providenciales; por la otra, eran actos individuales. Por una parte, eran milagrosas; por la otra,